

Proposiciones Inmoralistas

José Roberto Martínez Rodríguez

“Llamo “ontología transitoria” a la ontología que se despliega entre la ciencia del ser en tanto que ser, o teoría de lo múltiple puro, y la ciencia del aparecer, o lógica de la consistencia de los universos que efectivamente se presentan (...).”

-Alain Badiou

“(...) ¿qué nos puede interesar su camino hacia arriba, su cuerda que conduce hacia la virtud? Me temo que ella conduce hacia ustedes mismos... ¿Acaso quieren ustedes salvarnos con su cuerda? –Les rogamos encarecidamente que la usen para colgarse...”

-Nietzsche

“Yo quiero, de una vez para siempre, no saber muchas cosas. La sabiduría traza límites también al conocimiento”

-Nietzsche

Todo movimiento es un atractor de gran importancia en la existencia, atractor en el sentido en que se presenta como una realidad que jamás lograremos contener en un tiempo presente, pero que sin embargo; lo pensamos como espacio regulador de las posibilidades previas. Lo que a su vez genera un abanico de posibilidades infinitas para lo que puede llegar a seguir, no como una linealidad, ni si quiera como un espacio de temporalidad, sino simplemente como contingente de las coincidencias que explotan en las encrucijadas de todo aquello que llamamos presente.

Toda idea es movimiento, elucubra posibilidades de interpretación y se adscribe a nosotros de forma imperceptible. Las sociologías, filosofías, y reflexiones en general con tendencia totalizadora, buscan abarcar explicaciones causales para aquellos aparentes sinsentidos que no pueden plantearse, para ese mundo de las ideas en movimiento tratando de tomar fotografías incompletas que sólo describen cómo puede ser (sólo como posibilidad) una construcción de realidad.

La realidad es una transgresión imparable de todo esfuerzo científico por tratar de abstraerla a su campo de significaciones vigente. La reflexión totalizadora hace lo propio al tratar de abarcar con su “lupa sociológica”, “su oráculo de Delfos”, su microscopio, sus números, etcétera; toda una suerte de estructuras, fenómenos, hechos, en su mayoría sólo como entidades abstractas y tratan de especificar epistemológicamente cual es la génesis de todo proceso social.

Sin embargo, debemos dejarlos en su vago reflexionar no sin ello intentar exterminarlos. En extrañas ocasiones dicen cosas interesantes que nos hacen ver los intersticios de nuestras propias argumentaciones, lo cual deja pie a la ruptura como posibilidad de negar dicha posibilidad de presente, tan detestable como del que nos hablan los enamorados con la idea de linealidad en el conocimiento.

La transgresión es ese espacio donde los límites simbólicos de lo prohibido se traspasan, el juego con el límite:

“El límite y la transgresión se deben entre sí la densidad de su ser: inexistencia de un límite que no se podría saltar en absoluto; vanidad a cambio de una transgresión que sólo saltaría por encima de un límite de ilusión y sombra. Pero, ¿tiene el límite una existencia verdadera fuera del gesto que gloriosamente lo atraviesa o lo niega? ¿Qué sería él, después, y que podía ser antes? ¿Y no agota acaso la transgresión todo lo que ella es en el instante en que salta por encima del límite, no estando por lo demás en ninguna otra parte sino en ese punto del tiempo?”¹

Ahora bien, si Foucault tiene razón (lo cual en realidad no es importante), de nada sirve apuntar nuestro fusil ante la propia idea que se transgrede, puesto que ella posibilita en todo sentido la transgresión, siendo ella misma una transgresión amplificadora (en cuanto al espectro que abarca nuestra reflexión).

Toda transgresión se refiere a los límites, a jugar con sagrado, traspasarlo y profanar todo templo que nos haya determinado a través de una temporalidad inconsistente que llaman tiempo. En este sentido, la idea de lo sagrado referida hacia sistemas referenciales estructurados es en sí misma transgresión en un sentido más amplio, puesto que niega realidades inexistentes a través de un imaginario instituyente como génesis de la racionalidad (cualquier racionalidad, incluso de la propia idea de racionalidad). Entendida como las formaciones simbólicas que cada sociedad establece como universos simbólicos que sustentan toda posibilidad de creencia comunitaria. Lo que no niega que sean instancias morales las rectoras de toda posibilidad de contingencia, pero no hay que centrar la atención ahí, ya que todo acto moral cae en la incapacidad de establecerse como entidad disociada de la inmoralidad.

Caillois hace algo parecido, él concibe que nada es sagrado por sí mismo. Donde menciona que el hombre como interpelador, como creador de condiciones sociales imaginarias (imaginario no en el sentido de ficticio, sino de posibilidades de hacerse de la realidad como configuración de su propias condicionalidades) busca negar aquello que interfiere con su propia noción de VERDAD (con letras mayúsculas):

“La sociedad y la naturaleza descansan sobre la conservación de un orden universal, protegido por múltiples prohibiciones que aseguran la integridad de las instituciones, la regularidad de los fenómenos. Todo lo que parece garantizar su salud, su estabilidad, está considerado como santo; todo lo que parece comprometerlas se tiene por sacrílego. La mezcla y el exceso, la innovación y el cambio, son igualmente temidos. Se presentan como elementos de desgaste o de ruina. Las diversas clases de ritos tienden a expiarlos, es decir, a restaurar el orden que perturbaron y admitirlos a ellos mismos en ese orden, neutralizando a la fuerza peligrosa, la virulencia, revelada por el solo hecho de su intrusión, de su erupción en un mundo que sólo quiere perseverar en su ser y que se entrega a la inmovilidad”²

¹ Foucault, Michel. En “Georges Bataille- Meditaciones Nietzscheanas (edición de Pablo Sigg)”. Distrito Federal, México: División Cultural-UAM-UNAM-FONCA-Difusión Cultural UNAM Literatura, p. 35, 2001

² Caillois, Roger. “El hombre y lo sagrado”. Barcelona, España: Tusquets, p. 29, 2003

Caillois ironiza sobre el asunto, concibe que toda racionalidad que dota de coherencia interna a cada discurso resulta para sí misma una formulación inamovible (en términos de sus propios supuestos) que se establece como defensa de sus propios agujeros conceptuales, en tanto que niega la porosidad de su propio discurso, es decir; en cuanto niega su dimensión dialógica, movable.

Por ello el planteamiento final de Caillois puede plantearse a la par como pregunta: ¿acaso la inmovilidad es algo posible? No hace falta contestar, hacerlo sería un aberrante producto de la razón, ya que en esos “terrenos” la razón no tiene nada que ver.

Bataille afirma al respecto, ante esta trágica, y no por ello despreciable sentencia: “¿Qué sería de nosotros sin el lenguaje? Nos hizo ser lo que somos. Sólo él revela, en el límite, el momento soberano en que ya no rige. Pero al final el que habla confiesa su impotencia.”³ La respuesta está lejos de poder ser definida a través de toda posibilidad de significación conceptual, nada podríamos sacar de ello de no ser más que como ejercicio. La ironía radica, en que no tiene sentido en realidad, pero que no obstante posibilita la dimensión dialógica significativa que utilizamos para pensarnos en cualquier término. Es decir; hay que establecer de una vez por todas que no podemos escapar a los límites de la racionalidad (cualquier racionalidad) pero que no por ello se cierra la posibilidad de transgredirla y de estructurar a modo de atractores, posibilidades antes imposibles en cualquier tiempo presente, pensando estas posibilidades impulsadas a partir de los intersticios de la propia idea de “razón”.

El tiempo, el espacio, el trabajo, la política, la sociedad, la oración (entre muchos otros referentes), son por tanto categorías lingüísticas que se derivan de dichos imaginarios, son creación social, constitución de su propia razón, son construcciones de poder entendido este como entidad omnipresente;

“Omnipresencia del poder: no porque tenga el privilegio de reagruparlo todo bajo su invencible unidad, sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro. El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo sino que viene de todas partes. Y “el” poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movi­lidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas. Hay que ser nominalista, sin duda: el poder no es una institución, y no es una estructura, no es cierta potencia de las que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación compleja en una sociedad dada.”⁴

Cabe mencionar que lo que se busca no es establecer la realidad como una especie de solipsismo exacerbado, de una creación netamente individual. Sino de dimensionar al género humano en su incapacidad de siquiera entenderse, de no concebir que el poder, así como cualquier otro constructo está en constante movimiento. Aunque no podría justificar el total “entendimiento”, puesto que entender es algo que hemos conceptualizado como constitución de nuestra propia racionalidad instrumental, lo entendemos como vivencia individual que no puede negarse, pero seamos sinceros, no existe posibilidad de transmitir dicho entendimiento.

³ Bataille, Georges. “El Erotismo”. Distrito Federal, México: Tusquets, p. 280, 2003

⁴ Foucault, Michel. “Historia de la Sexualidad 1- La voluntad de saber”. Distrito Federal, México: Siglo XXI, p. 113, 2002

Esta idea que se gesta como “voluntad de poder”, acorde con Nietzsche, se propone a romper con todo ídolo, tirando del pedestal las ideas que se consideran sublimes por muchos de nuestros llamados estúpidamente “eruditos”, sofocando a la ciencia y a todo pensamiento totalizador que no encuentra en lo denominado el “campo moral” otro discurso más que el que se considera propio.

Si revertimos pues, la fórmula de la moralidad, lo inmoral es todo aquello que coarte la posibilidad de absurdo en el sujeto, que lo troce a través de una razón que no deja escapar intersticios sin antes sublimarse en forma de culpa, de miedo, o tal vez de alguna risa mediocre.

Por ello todo contravalor encierra en su constitución una navaja afilada para derruir los cimientos del martillo como potencia creadora a través de la linealidad del tiempo, sustituyéndolo por el martillo nietzscheano, el cual propone llevar todo a cenizas para desestructurar a martillazos todo pensamiento que de fe en la posibilidad de una VERDAD ABSOLUTA (léase en el sentido de la imposibilidad de hacerse de ella). Y que no se entienda por esto que se busca desestructurar toda posibilidad de conexión con la idea de un pasado constituyente, algo detestable, sino que dicho pasado es infinito por su dimensión fractálica, nunca cerrado, nunca igual.

Debemos dejar de excluir al azar, a la coincidencia, al absurdo en nuestras reflexiones que llamamos “sociológicas”, “filosóficas”, “teleológicas”, etcétera; si es que no queremos toparnos con la impunidad de la sinrazón. No debemos asesinar lo que queda de niños entre nosotros, y me atrevo a reducir el constructo “niños” al significarlos como a las críticas que he dispuesto aquí, cerrando posibilidades pero nunca ausentándome de las consecuencias de ello. El constructo “niños” tiene una entidad dialógica, porosa, pero como yo lo entiendo se adscribe al asombro, no como perplejidad insatisfecha, y tampoco sirve mencionar que sólo es por la propia experiencia, ya que sólo nos limitaríamos a describir algo de lo que es imposible hablar. Los “niños” formulan proposiciones que dan pavor ante un círculo de no-niños, puesto que evidencian los intersticios de sus propios dogmas, aunque no parezcan surtir efecto, demuestran su debilidad, son violencia para los no-niños, son un juego entre asombros.

Todo dogma que suprima la capacidad de asombro es detestable. Equiparablemente detestables a los dogmas que busca imputar la ciencia adherida al llamado “pensamiento matemático”. Esa ciencia que hace creer que $A+B$ es igual a C , pero que no obstante, no puede con la propia formulación de $A=A$, jamás nada será igual a sí mismo. Esa ciencia que establece el signo $=$ como consecuencia causal de las relaciones aritméticas, sociológicas, filosóficas, morales, etcétera. En cuanto a esa ciencia “tan bien manejada” por nuestros contingentes matemáticos; que sólo juega con signos, sin indagar sobre las relaciones de poder, la dialogidad de los discursos o la incapacidad de la misma ciencia para totalizar y descifrar toda realidad concreta debemos desecharla.

Pasa algo similar con las discusiones estériles entre aquellos sociólogos que se hacen llamar cualitativos y aquellos que se hacen llamar cuantitativos, que aunque los cualitativos buscan fundamentar los ápices de toda epistemología a través de una lectura hermenéutica (sea lo que sea); no dejan de reducir el espectro en cuestión a escombros, negando toda posibilidad de desechar lo que se considera para ellos “conocimiento válido”. De esto podríamos inferir infinidad de ejemplos. Sin embargo, la ciencia que se funda en la incertidumbre (no como pregunta inicial, sino en los propios términos de sus conclusiones) reconoce su propio sentido de movilidad, y aunque deja escapar infinidad de atractores que posibilitan sus propios estudios, ha desarrollado categorías de análisis que posibilitan un

acercamiento con la realidad, no en cuanto al curso del método, sino a profundizar en vectores antes ignorados, creando a través del diálogo nuevos límites que posibilitan formas inexistentes de transgresión hasta ese momento establecidas.

La reflexión “científica”, “filosófica”, “sociológica”, “biológica”, etcétera; en este sentido totalizador, se regocija ante la idea de que todo se constituye a partir de la racionalidad matemática-instrumental con la cual significamos y creamos nuestras representaciones sociales.

Las proposiciones que se entienden como formas transicionales tampoco salen impunes, puesto que no se puede dejar de tocar aquello que es inefable. El programa de Bataille para la creación de la sociedad acéfala de la que él formó parte hablaba de la búsqueda de una sociedad que no se piense a si misma de forma determinística:

Programa

1. *Formar una comunidad creadora de valores, valores creadores de cohesión.*
2. *Suprimir la maldición, el sentimiento de culpabilidad que atormenta a los hombres obligándolos a luchas involuntarias, entregándolos a un trabajo cuyo fruto no pueden asir.*
3. *Asumir la función de destrucción y de descomposición como la consumación y no como la negación del ser.*
4. *Alcanzar la realización personal del ser y su tensión por la concentración, por una ascesis y por una disciplina individual positivas.*
5. *Alcanzar la realización universal del ser personal en la ironía del mundo animal y por la revelación de un universo acéfalo: juego y no estado o deber.*
6. *Asumir en uno mismo la perversión y el crimen no como valores exclusivos, sino en la necesidad de ser integrados en la totalidad humana.*
7. *Luchar por descomponer y excluir a toda esta comunidad universal, así como a las comunidades nacionales, socialistas y comunistas, o a las iglesias.*
8. *Afirmar la realidad de los valores y la desigualdad resultante, reconociendo el carácter orgánico de la sociedad.*
9. *Participar en la destrucción del mundo existente y abrir los ojos hacia el mundo venidero.*
10. *Considerar al mundo venidero en el sentido de la realidad contenida en el ahora y no en el sentido de una felicidad definitiva, la cual no sólo es inaccesible, sino también detestable.*
11. *Afirmar el valor de la violencia y de la voluntad de agresión, siendo ellas la base de todo poder.”⁵*

Este programa plantea posibilidades infinitas de reducir a cenizas todo el espectro totalizador que envuelve la posibilidad de una voluntad de certeza, ¿Cuál será entonces el fundamento de la violencia, la transgresión y el caos sino las proposiciones inmoralistas?

⁵ Georges Bataille. En “Georges Bataille- Meditaciones Nietzscheanas (edición de Pablo Sigg)”. Distrito Federal, México: División Cultural-UAM-UNAM-FONCA-Difusión Cultural UNAM Literatura, p. 17, 2001

Hemos llegado al punto en que nuestras proposiciones inmoralistas son de un orden moral insospechable.